

## UN CICLO DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA POPULAR EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, 1806-1842

Gabriel Di Meglio<sup>1</sup>

### Resumen

En 1806 se inició un ciclo de participación política popular –de la *plebe* o *bajo pueblo*– en la ciudad de Buenos Aires, que duraría hasta 1842, con la segunda ola de “terror” bajo el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas. Este artículo se ocupa de las características de ese ciclo. En primer lugar, describe los numerosos eventos políticos con presencia popular a lo largo del ciclo. Luego postula que las desavenencias internas de las elites fueron el elemento decisivo para la perdurabilidad de la movilización popular, e indaga las razones de los plebeyos para actuar políticamente (explorando la obediencia, el clientelismo y las motivaciones políticas). Explora a continuación las posiciones políticas de la plebe urbana (desde los reclamos concretos de motines y movilizaciones a posiciones más generales, como el odio a los españoles de los años '10, la construcción en las décadas sucesivas de un enemigo tipificado como aristócrata-extranjero-unitario, y la identificación de la causa federal como causa popular). Finalmente, propone la existencia fundamental de un trasfondo social y racial de las causas de las acciones políticas populares.

**Palabras clave:** Popular, Participación política, Revolución, Independencia, Federalismo, Rosismo.

A cycle of popular political participation –of the *plebe* or *low people*– started in the city of Buenos Aires in 1806. It lasted until 1842, with the second wave of “terror” during Governor Rosas’ second period. This article focuses on the characteristics of such cycle. It describes first the many political events with a popular presence along the cycle. Then, it posits the inner conflicts of the elites as the main cause of the maintenance of the popular mobilisation, and it researches the reasons the plebeian had to act politically (exploring obedience, clientelism and the political motifs). After that, it explores the political positions of the urban plebe (from the claims in the mutinies and mobilizations to more general positions, such as the hate to the Spaniards in the 1810s, the construction in the following decades of an enemy typified as aristocrat-foreigner-unitario, and the identification of the federal cause as a popular cause). Finally, it proposes the existence of a key social and racial background for the causes of popular political actions.

**Key Words:** Popular, Political Participation, Revolution, Independence, Federalism, Rosismo.

### I

La participación popular fue un elemento fundamental de la política en el período revolucionario latinoamericano del primer tercio del siglo XIX. Esta afirmación no tiene hoy nada de sorprendente, dado que hace bastante tiempo –y en particular en las últimas dos décadas– que distintas investigaciones han ido reconstruyendo una historia de la época de las independencias que incluye a las clases populares como actores, al igual que ocurría frecuentemente en los relatos de los contemporáneos pero con otro contenido analítico. Las intervenciones campesinas, el papel jugado por esclavos y libertos, la actuación de los indígenas sometidos y no sometidos al imperio

<sup>1</sup> UBA, CONICET. Teodoro García 2845 "3", (1426) Ciudad de Buenos Aires. Correo electrónico: gabrieldimeglio@fibertel.com.ar

español, las acciones de los artesanos y la heterogénea plebe de las ciudades, todo ha sido revisado.<sup>2</sup> De a poco, esas miradas que “completaban” los procesos que habían protagonizado las elites han empezado a incorporarse al “gran relato” de la independencia y del período inmediatamente posterior. Hubo intervenciones populares en acciones políticas en diversas regiones de los imperios portugués y español en América (y en lo que terminó siendo Haití), pero no ocurrió en todas ni fueron iguales en cada lugar.

En el caso que he investigado, la ciudad de Buenos Aires, la politización plebeya fue muy amplia y sus efectos pesaron no sólo en la política local sino también en la de otros espacios.<sup>3</sup> En la década de 1810 se trataba de la plebe de una capital – por lo tanto si contribuía a derribar o a erigir un gobierno eso afectaba a todo el

<sup>2</sup> La principal producción en los últimos veinte años incluye a J. Tutino, **De la insurrección a la revolución mexicana. Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940**, México, Era, 1990; E. Van Young, **La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821**, México, Alianza, 1992 y **La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821**, México, FCE, 2006; V. Guedea, “El pueblo de México y la política capitalina, 1808 y 1812”, **Mexican Studies/Estudios mexicanos**, vol. 10, n° 1, 1994, pp. 27-62; S. Arrom: “Popular politics in Mexico City: the Parián Riot”, en Arrom y S. Ortoll (eds.), **Riots in the Cities. Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910**, Wilmington, SR Books, 1996, pp. 71-96; C. Walker, **Smoldering Ashes. Cuzco and the creation of Republican Peru, 1780-1840**, Durham & London, Duke University, Press, 1999; S. Chambers, **From Subjects to Citizens. Honor, Gender and Politics in Arequipa, Peru, 1780-1854**, University Park, The Pennsylvania University Press, 1999; R. Warren, “Elections and Popular Political Participation in Mexico, 1808-1836”, en V. Peloso y B. Tenenbaum (eds.), **Liberals, Politics and Power. State Formation in Nineteenth-Century Latin America**, Athens & London, The University of Georgia Press, 1996, pp. 30-68; M. Irurozqui, “A bala, piedra y palo”. **La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952**, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000; Clément Thibaud, **República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela**; Bogotá, Planeta, 2003; J.C. Garavaglia, “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860”, **Anuario IEHS**, 18, 2003, pp. 153-187; L. Dubois, **Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution**, Cambridge, Harvard University Press, 2004; P. Guardino, **The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850**, Durham & Londres, Duke University Press, 2005; M.J.M. de Carvalho, “Os negros armados pelos brancos e suas independências no Nordeste (1817-1848)”, y L.G. Silva, “Aspirações barrocas e radicalismo ilustrado. Raça e nação em Pernambuco no tempo da Independência (1817-1823)”, en I. Jancsó (org.), **Independência: História e Historiografia**, São Paulo, Hucitec/Fapesp, 2005, pp. 881-914 y 915-934; Bernd Schröter, “Movimientos populares durante la independencia. Resultados de enfoque comparativo”, y V. Hébrad, “La participación popular en la Guerra de Independencia en Venezuela: la otra cara de la Guerra Civil (1812-1818)”, en G. Cardozo Galué y A. Urdaneta Quintero (comps.), **Colectivos Sociales y Participación Popular en la Independencia Hispanoamericana**, Maracaibo, Universidad del Zulia/INAH/El Colegio de Michoacán, 2005, pp. 197-210 y 211-226; C. Méndez, **The Plebeian republic: the Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State: 1820-1850**, Durham & London, Duke University Press, 2005; R. Fradkin, **La Historia de una Montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; A. Frega, **Pueblos y soberanía en la revolución artiguista**, Montevideo, Ed. Banda Oriental, 2007; S. Mata, **Los gauchos de Güemes**, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; M. Echeverri, **Popular Royalists and Revolution in Colombia: Nationalism and Empire, 1780-1820**, PhD dissertation, New York University, 2008; R. Fradkin (ed.), **¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata**, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.

<sup>3</sup> Véase G. Di Meglio, **¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo**, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

territorio gobernado— y en los años subsiguientes, aunque Buenos Aires no tenía poder legal sobre otras provincias, lo que allí sucediese tenía consecuencias en ellas.

En este artículo propongo que hubo un ciclo de participación política plebeya en la ciudad de Buenos Aires que se inició en 1806 con la movilización contra el virrey que siguió a la primera invasión británica, adoptó sus rasgos centrales tras la revolución de 1810, y se extendió hasta el fin del *terror* rosista en 1842. En las páginas que siguen intentaré delinear las características de la participación popular que definen a ese ciclo.

## II

Por “participación popular” me refiero a la de quienes tenían una posición subalterna en la sociedad por su color negro, pardo o trigueño (pero también había muchos plebeyos blancos), su falta de “respetabilidad” (señalada por la ausencia del título *don/doña* delante de sus nombres), su ocupación (manual o sin calificación), su inestabilidad laboral, su pobreza, su distancia de las áreas de decisión política, sus espacios de sociabilidad, sus problemas para poder formar un hogar, su frecuente movilidad de domicilio, o su situación de dependencia. Buena parte de los artesanos de la ciudad, más una suerte de heterogéneo proletariado urbano, más los esclavos —que pese a la fundamental diferencia de no ser libres compartían con el resto muchos de los rasgos recién enunciados— formaban la *plebe* o el *bajo pueblo* de la ciudad.

A continuación enumeraré los eventos políticos en los cuales hubo una importante intervención de ese *bajo pueblo* entre 1806 y 1842, para mostrar que sólo por cantidad tuvieron un peso enorme.

El episodio que dio inicio al ciclo fue la concentración en la Plaza Mayor del 14 de agosto de 1806, que pidió en un Cabildo Abierto se le negara al virrey Sobremonte, a quien se consideraba un cobarde que había abandonado Buenos Aires a su suerte frente al avance inglés, la posibilidad de regresar a su capital una vez que ésta fue reconquistada; hubo allí un remarcable presencia del “populacho”.<sup>4</sup> A la vez, en los días sucesivos, hombres de la plebe ingresaron masivamente en los cuerpos milicianos que se formaron voluntariamente para enfrentar un posible regreso británico. El siguiente episodio destacado ocurrió el 1º de enero de 1809, cuando los milicianos —entre ellos los plebeyos que formaban el grueso de la tropa— fueron movilizados para dirimir un conflicto entre el virrey Liniers y el Cabildo de Buenos Aires; lo mismo ocurrió el 25 de mayo de 1810, cuando su presencia en la plaza aseguró el triunfo de los revolucionarios para desplazar al virrey y crear un junta (y ya unos días antes, el 21, una multitud presionó delante del ayuntamiento para que se llamara a un Cabildo Abierto). Pero fue desde las jornadas de abril de 1811 cuando el bajo pueblo devino una presencia insoslayable en la política porteña. En esa ocasión muchos plebeyos de los suburbios se presentaron frente al Cabildo, dirigidos por distintos alcaldes de barrio, con la consigna de expulsar a los peninsulares de la ciudad y con el objetivo de vencer a la facción más radical dentro de la Junta a favor de la moderada; “se apeló a los hombres

<sup>4</sup> *Diario de un Soldado*, Ministerio del Interior, Buenos Aires, 1960, p. 39. En todas las citas se ha modernizado la ortografía.

de poncho y chiripá contra los hombres de capa y de casaca”.<sup>5</sup> A fines de ese año, la tropa del poderoso regimiento de patricios, formada por plebeyos, se rebeló contra las autoridades; sólo sargentos, cabos y soldados, sin oficiales, participaron en el motín, que tuvo en vilo a la ciudad hasta que fue vencido. Unos meses más tarde, en julio de 1812, la noticia del descubrimiento de una intentona contrarrevolucionaria peninsular, la conspiración de Álzaga, llevó a una gran agitación con protagonismo popular. En octubre del mismo año, una asonada con participación plebeya removió del poder a los triunviros que gobernaban y nombró en su lugar a otro Triunvirato. La movilización del bajo pueblo fue una de las claves del levantamiento de la ciudad de Buenos Aires en abril de 1815 contra el Director Supremo Carlos de Alvear, quien debió renunciar a su cargo. En enero de 1819 la tropa del cuerpo miliciano de pardos y morenos realizó un motín y atemorizó a la ciudad hasta que los descontentos fueron detenidos. Un año más tarde la plebe estuvo muy presente en las disputas facciosas que cubrieron un momento de frecuentes vacíos de poder, y tuvo un papel destacado en el levantamiento miliciano de octubre contra el regreso de los *directoriales* al gobierno; las tropas resistieron más allá de la voluntad de sus oficiales y fueron derrotadas por los leales tras una gran matanza. Luego de una corta etapa pacífica, en 1823 hubo varios plebeyos involucrados en el fallido *Motín de Tagle* que procuró derribar a la administración. Ese mismo año una agitación popular obligó a las autoridades a anular una medida organizativa militar que perjudicaba a la plebe. En 1828 los plebeyos tuvieron un lugar destacado en el bando federal en la pugna de éste con los unitarios, en particular en los enfrentamientos en las reñidas elecciones de abril, y también se hicieron visibles en el descontento que experimentaron muchos cuando hacia fin de año el general Juan Lavalle mandó fusilar al popular gobernador Manuel Dorrego. En octubre de 1833, la disputa interna del federalismo porteño entre los partidarios de Juan Manuel de Rosas, los *apostólicos*, y sus rivales *cismáticos* fue zanjada a favor de los primeros a través de la *Revolución de los Restauradores*, en la cual tuvo una presencia notoria la plebe urbana. En abril de 1834 “se sintió en el pueblo una gran agitación” ante el desembarco de Bernardino Rivadavia, que lo obligó a volver a abandonar la ciudad.<sup>6</sup> En junio de 1839 una muchedumbre con muchos plebeyos en sus filas saqueó la quinta de Manuel Maza, acusado de conspirar contra Rosas, y al día siguiente hubo una concentración dirigida por los jueces de paz frente a la legislatura de Buenos Aires para pedir la renuncia de aquel, que era su presidente. Dos años más tarde, una multitud federal agredió a los monjes jesuitas acusándolos de unitarios. Finalmente, en abril de 1842 hubo una participación plebeya en los ataques a casas y personas que se conoció como el *terror*.

Estas acciones fueron protagonizadas por grupos que en general nunca superaron cuanto mucho las mil personas. En una ciudad en la que de acuerdo a los censos vivían unas 45.000 personas en 1810 y alrededor de 63.000 en 1836, ninguna de esas multitudes puede considerarse demasiado pequeña, pero de todos modos hubo otros eventos en los cuales la participación fue más nutrida. En las elecciones de las décadas

---

<sup>5</sup> I. Núñez, “Noticias Históricas”, en **Biblioteca de Mayo**, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 452.

<sup>6</sup> La cita en la carta de F. Arana a Rosas, cit. en E. Celesia, **Rosas: aportes a su historia**, Buenos Aires, Peuser, 1951, T. II, p. 394.

de 1820 y 1830, en las cuales votaba una importante cantidad de plebeyos, los números totales de asistentes iban de dos a cuatro mil. Pero hubo congregaciones significativamente más masivas y con mayor presencia femenina, como las celebraciones patrias y en particular las fiestas mayas y julias. Durante los momentos de guerra, el arribo de noticias favorables a la posición de Buenos Aires reunía a buena parte de la población, con una visible presencia plebeya, que también se daba en desfiles de tropas o ante la llegada de militares victoriosos. Otras ocasiones especiales atrajeron a numerosos plebeyos, tal el caso de los fusilamientos de los implicados en la conspiración de Álzaga en julio de 1812; de los combates del almirante Guillermo Brown contra los bloqueadores observados por una muchedumbre desde la costa en 1826-1827; de los funerales de Dorrego en diciembre de 1829; de la conmemoración de la *Revolución de los Restauradores* organizada por la Sociedad Popular Restauradora en octubre de 1834; de la asunción del mando de Rosas en abril de 1835; o de los festejos por el fracaso de la bomba –la llamada “máquina infernal”– que los enemigos de Rosas le enviaron oculta en 1841. Al mismo tiempo, hubo movilizaciones de menor entidad, como intentos de motines dirigidos por cabos y sargentos durante los períodos bélicos, por atrasos en los pagos o por disgustos con los oficiales en el ejército regular. Y hay testimonios de otras acciones políticas, como discusiones sobre los asuntos públicos en pulperías, fondas y mercados. La colectividad negra tuvo algunas concentraciones numerosas por sí sola, como los festejos en 1836 por la disposición de Rosas de que los libertos no estaban obligados a hacer un servicio militar.<sup>7</sup>

¿Tenía esta marcada presencia plebeya en la vida política antecedentes locales? En general las revoluciones que han sido bien estudiadas en el mundo, por más que transformaran el orden existente mantuvieron siempre muchos elementos del anterior. Encontrar continuidades en una revolución no es nada sorprendente (sorprendente sería que faltaran) y en el Río de la Plata hubo varias. Pero en esta cuestión no se han hallado hasta el momento antecedentes directos de las prácticas descriptas, con la excepción de las fiestas, aunque es cierto que hay mucho todavía por estudiar acerca de la plebe porteña antes de 1806.

Lo que se puede asegurar es que Buenos Aires no tenía una tradición de “tumultos” populares, como sí ocurría en varias otras ciudades del imperio español. En 1754 una terrible escasez de carne había hecho temer al Cabildo que “los pobres afligidos de la necesidad del hambre, hagan algún tumulto, cosa que nunca se ha experimentado antes”, y no tenemos noticias de que haya habido alguno en el medio siglo que corre desde entonces hasta la invasión de 1806.<sup>8</sup> En la llamada “conspiración de los franceses” de 1795 –descubierta en medio del fuerte impacto que causó la Revolución Francesa y la consiguiente rebelión de los esclavos de Saint Domingue– iba a haber, de acuerdo a la denuncia realizada por el esclavo Luis Dumont, una actuación popular. El supuesto plan era que varios esclavos, que a cambio obtendrían su libertad,

<sup>7</sup> Para profundizar en todo lo descripto en estos dos párrafos véase mi libro ya citado y también mi **¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas**, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, para el período iniciado en 1833.

<sup>8</sup> Cit. en R. Molinari, **Buenos Aires, cuatro siglos**, Buenos Aires, TEA, 1984, p. 149.

ayudarían a sus amos a tomar armas del Fuerte y a realizar un levantamiento contra las autoridades españolas; pero el hecho no se produjo.<sup>9</sup> Tampoco hubo, aparentemente, participación popular en las querellas entre las facciones que se disputaban el poder local y los favores de la Corona, cuya resolución era “palaciega” (y fundamentalmente europea).

Había personajes que contaban con influencia en un barrio o un suburbio y eventualmente podían politizarla, pero si algunos de esos casos pueden identificarse después de 1810, muchos de los liderazgos que se registran desde entonces no parecen haber tenido un precedente colonial (con la excepción de los que se forjaron en la milicia a partir de 1806). Por ejemplo, el más importante líder popular urbano surgido en Buenos Aires, Dorrego, era un joven sin ningún tipo de “clientela” antes del estallido revolucionario. La intervención plebeya en la política fue sobre todo una criatura de la revolución.

### III

El origen de la participación popular no provino de un impulso de la plebe sino de la crisis del orden colonial. Desde 1806 las instituciones coloniales vieron cómo se iniciaba una modificación del marco en el cual se desenvolvían previamente. El virrey Sobremonte fue rechazado por un Cabildo Abierto de su capital, y si bien desde la Península se siguió nombrando a los virreyes, cuando el favorecido fue el héroe de la Reconquista Liniers y debió enfrentar un desafío por parte del Cabildo en 1809, la resolución no estuvo en la metrópolis sino en la misma ciudad: en una movilización callejera. Asimismo, al año siguiente fue en la calle donde tuvo lugar la agitación que pidió el Cabildo Abierto el 21 de mayo, donde se hostigó a varios partidarios de la continuidad virreinal para que no pudieran llegar a esa reunión el 22 de mayo y donde se hizo presión para nombrar a una junta sin intervención del virrey el 25 de mayo.

Una manifestación necesita manifestantes. De este modo, lo que abrió la posibilidad de la participación popular fue que se dirimiera la disputa por el poder con movilizaciones callejeras. El gran cambio se produjo cuando la dirigencia revolucionaria se dividió y no tenía ninguna autoridad ulterior que definiera una situación. Ya no había nadie detrás. Sin reglas claras que suplantaran al marco de acción previo, el poder se siguió dirimiendo a través de la movilización, en la calle. Y eso permitió el ingreso masivo, impulsado por las mismas facciones, de plebeyos en la vida política. Eso fue lo que señaló el 5 y 6 de abril de 1811: un movimiento en el cual los organizadores presentaron a los plebeyos suburbanos, que también se asumieron así

---

<sup>9</sup> B. Lewin.: “La ‘conspiración de los franceses’ en Buenos Aires (1795)”, **Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas**, V. IV, Rosario, 1960, pp. 10-57; D. Geggus: “The Influence of the Haitian Revolution on Blacks in Latin America and the Caribbean”, en N. Naro (ed.), **Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America**, Londres, Institute of Latin American Studies-University of London, 2003, pp. 38-59.

ellos mismos, como integrantes del pueblo, un concepto hasta entonces más restringido socialmente.<sup>10</sup>

Es que la revolución no sólo derrumbó los fundamentos del poder político, no sólo puso en discusión quién iba a mandar y porqué, sino que también descalabró el orden tradicional en general.<sup>11</sup> Entre 1810 y 1842 la élite porteña no logró recomponer ese orden, excepto por algunos breves momentos. Lo evitaban dos elementos: sus constantes divisiones políticas y la posibilidad que esa brecha abría a la intervención popular. La importancia de la calle, garantía de permanencia popular en la lucha política, no disminuyó a lo largo del ciclo. En septiembre de 1811 y en octubre de 1812, concentraciones delante del Cabildo provocaron cambios de gobierno, que una facción reemplazara a otra. En esa última fecha llegó al poder la Logia Lautaro, que procuró gobernar cerrándose completamente, funcionando de manera secreta.<sup>12</sup> De algún modo, intentó acabar con el poder de la calle, el peso de la movilización popular. Sin embargo, fue una gran agitación de la población de la ciudad la que terminó por quitarla del poder en abril de 1815. En la segunda mitad de la década, el directorio de Juan Martín de Pueyrredón procuró eliminar los motivos que podían generar descontento plebeyo –precios de alimentos, reclutamiento de tropas– para evitar convulsiones; tuvo éxito sólo temporario porque desde 1819 volvieron el motín y la movilización callejera, que fue decisiva durante la crisis de 1820. Aprovechando el fin de la guerra de independencia el Partido del Orden procuró desde 1821 eliminar esa política callejera y pareció lograrlo cuando dos años más tarde derrotó al *Motín de Tagle*.

Las elecciones se volvieron entonces una forma de reglamentar la disputa intraélite y el acceso al poder. Pero no eran simples actos de sufragio sino que también tuvieron una impronta callejera y por ende popular. El voto directo hizo al control de la mesa electoral la clave y eso significó que cada votación implicara la movilización de grupos para ocupar ese espacio, rechazar a los opositores y asegurar más votantes que los contrarios.<sup>13</sup> Si bien lograron afirmar un fundamental principio de legitimidad y sentaron una regla que durante unos años le permitió a la élite dirimir el acceso al poder, las elecciones no implicaron un cambio radical con respecto al carácter callejero

<sup>10</sup> Véase N. Goldman y G. Di Meglio, “Pueblo/Pueblos”, en N. Goldman (eds.), **Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850**, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 131-143.

<sup>11</sup> Otra novedad de la vida política revolucionaria fue que las mujeres de la élite ingresaron en ella, lo cual fue considerado peligroso por algunos hombres. En marzo de 1813 se publicó un impreso titulado “Memoria sobre la necesidad de contener la demasiada y perjudicial licencia de las mujeres en el hablar”. Se iniciaba diciendo que “Da vergüenza, y toca ya la raya de lo escandaloso el modo libre en que se expresa un número no muy despreciable de jóvenes patricias en orden a los negocios políticos”. Retiradas “a lo oscuro y más recóndito de sus retretes”, hablan de múltiples asuntos y entre otras cosas “satirizan las más sabias disposiciones de nuestro gobierno”. “En estas materias toda vigilancia es poca”, advertía el preocupado autor, que firmaba con la iniciales MG. Impresos, biblioteca John Carter Brown, 68-334-181.

<sup>12</sup> P. González Bernaldo, “La Revolución Francesa y la emergencia de nuevas prácticas de la política: la irrupción de la sociabilidad en el Río de la Plata revolucionario, 1810-1815”, **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani**, 3° serie, n°3, 1991, pp. 7-27.

<sup>13</sup> M. Ternavasio, **La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

de las prácticas políticas, ni encauzaron hacia un orden social más calmo a la plebe porteña. Y cada vez se volvieron menos capaces de regular la lucha política: desde 1828 las pugnas facciosas volvieron a acudir a la movilización y a la violencia. Fue también una movilización popular la que definió en 1833 la disputa interna del partido federal. Con el regreso de Rosas al poder en 1835 hubo un nuevo amague de tranquilidad, pero la aparición de diversas oposiciones a partir del establecimiento del bloqueo francés en 1838 volvió a darle ciertas alas a la movilización popular.

Esa pervivencia no implicaba un repertorio de prácticas invariable. Las formas de la participación popular en el período son también susceptibles de periodización. Hubo sí una pauta que llegó para quedarse: la congregación en la plaza principal, la Plaza de la Victoria, aspecto crucial de cualquier movimiento político. Pero otras fueron cambiando. En la década de 1830 un viajero escribió con suficiencia explicándole al público francés algo tan habitual en Buenos Aires como era en París hacer barricadas:

*“A la menor señal de revuelta, se ve que se reúnen bajo el pórtico del Cabildo, una turba andrajosa de carretilleros, carniceros, aguateros y compadritos que, no deseando sino ver golpes y chichones, llegan en masa para atizar el fuego. Si la revuelta asume los caracteres de una insurrección, si la revolución se declara, esta multitud audaz aumenta cada vez más hasta que la policía (si no está cómplice) o el gobierno, hacen avanzar a las tropas de línea o un regimiento de negros; entonces se ve a todos estos sediciosos de chiripá (los ‘sans-culottes’ de la República Argentina) desbandarse en todos sentidos, correr precipitadamente fuera de la ciudad, dirigirse al campo, robar todos los caballos que encuentren y reunirse con los gauchos, que se organizan inmediatamente en montoneras (especie de guerrillas del país), hasta que un jefe de partido bastante influyente los reúne en número suficiente como para sitiar la ciudad”.*<sup>14</sup>

En realidad, la descripción que hacía Isabelle contaba cómo fue la *Revolución de los Restauradores* de 1833, que innovó en su forma con respecto a otros acontecimientos similares en la ciudad. Pero el francés podía presentarlo como una práctica habitual porque sin duda había recabado que las movilizaciones de los *sans-culottes* locales eran frecuentes y no constituían una anomalía.

El final de esa primacía de la calle que permitía el influjo popular fue obra de Rosas en su segundo gobierno de la provincia de Buenos Aires (1835-1852). Como explicó hace años Tulio Halperin Donghi, Rosas logró un orden, el primero que se afianzó después de la revolución.<sup>15</sup> Y lo hizo disciplinando a la convulsionada sociedad porteña, desde la elite hasta la plebe. Para obtenerlo persiguió a la oposición, buscó suprimir la actividad política (salvo la que podía moldear sin problemas, como las

---

<sup>14</sup> A. Isabelle, *Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil en 1830*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1943, p. 116.

<sup>15</sup> T. Halperin Donghi, *Revolución y Guerra*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, y *De la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985. Véase también J. Gelman, “Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires. Estado y sociedad en la primera mitad del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3º serie, n° 21, 2000, pp. 7-31.



elecciones y las fiestas patrias), y trató de eliminar la calle, cerrando el espacio para la participación popular. Al finalizar los años '30 había avanzado muchísimo en ese sentido, en medio de los grandes alzamientos en su contra. En enero de 1840, un opositor al régimen que había estado oculto en su casa desde un mes antes, salió al exterior disfrazado y en seguida pudo “notar en la ciudad un cambio sensible”: puertas cerradas herméticamente desde las ocho de la noche, un gran silencio; otro contemporáneo escribió que “sus calles estaban casi desiertas; los semblantes no indicaban sino duelo y malestar”.<sup>16</sup> Esas descripciones, que pueden ser exageradas, marcan de todos modos que en 1839 terminaron prácticamente las acciones antirrosistas en el ámbito urbano. Pero parecen indicar también una falta de presencia plebeya en la ciudad, una desmovilización.

Después de eso Rosas logró terminar de mediatizar la participación popular, encauzarla. La usó como amenaza contra la elite disidente—su principal escollo— y para ello se sirvió de la Mazorca, una organización surgida de sus apoyos populares—la Sociedad Popular Restauradora— que actuando violentamente contra los opositores por fuera de la esfera del Estado pero bajo el control del gobernador, pudo ser presentada como una acción popular y a la vez reemplazar a esa misma movilización. En octubre de 1840 la Mazorca realizó una serie de asesinatos selectivos y ese *terror* pareció cerrar el disciplinamiento (hubo otro episodio en abril de 1842 al cual me referiré luego). Rosas obtuvo así su ansiado orden en la ciudad; el resto de la década de 1840 fue posiblemente el momento políticamente más calmo de todo el siglo XIX porteño.

#### IV

¿Cuáles fueron las razones de los plebeyos porteños en su actuación política? Una primera constatación es que fueron diversas y variaron en el tiempo. En los inicios del ciclo de movilizaciones no parece haber habido una causa diferenciada para la plebe que para el resto de la sociedad. El entusiasmo colectivo por la victoria sobre los británicos en agosto de 1806 fue multclasista, como había sido la lucha previa, y de ahí parece haber provenido el principal motivo para la intervención popular en el movimiento contra el virrey.

En los eventos que tuvieron un exclusivo protagonismo plebeyo contamos en general con las razones brindadas por los participantes. El motín de los patricios de 1811 expresó en un petitorio redactado por algunos cabos su objetivo: “que se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropa de línea”, es decir que no querían ser *veteranos*; solicitaban un retorno al estilo de la milicia prerrevolucionaria y se oponían a la creciente profesionalización.<sup>17</sup> El origen del motín de los pardos y morenos siete años más tarde apeló a una causa similar: “de ningún modo querían los ciudadanos consentir en ser acuartelados” como les habían ordenado las autoridades, dijeron los

<sup>16</sup> A. Somellera, *La tiranía de Rosas. Recuerdos de una víctima de la Mazorca*, Buenos Aires, Nuevo Cabildo, 1962, pp. 19 y 43; J.M. Paz, *Memorias póstumas II*, Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 209.

<sup>17</sup> El petitorio en E. Fitte, *El motín de las trenzas*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1960, p. 92.

cabos y sargentos.<sup>18</sup> La agitación de octubre de 1823 tuvo el mismo motivo: el gobierno quería agregar efectivos al ejército reclutando solteros de entre 18 y 25 años de la ciudad y la campaña. Quedaban exceptuados, además de enfermos y huérfanos, “todo comerciante matriculado, dueño de fábrica, taller, o establecimiento rural, cuyo valor llegue al de mil pesos y lo mantenga en viva cultura”, los practicantes de leyes, medicina, y alumnos de la Universidad, y “todos los que sirven estipendiados por los fondos públicos”. Por lo tanto, el peso recaía principalmente en la plebe. Cuando el gobierno quiso cumplir la ley empezó “en todas las parroquias a sacar gente de los cuarteles para hacerlos soldados veteranos”, pero “fue tal el alboroto, disgusto general, y pasquines por toda la ciudad contra esta disposición, que el gobierno temió y mandó suspender el contingente”.<sup>19</sup> La oposición a ser soldados *veteranos* y al reclutamiento forzoso era entonces clave para muchos plebeyos porteños. De acuerdo con la tradición colonial, todos en la ciudad eran celosos defensores de sus derechos, pero ahora el bajo pueblo tenía más posibilidades de transformar un descontento en reclamos o incluso exigencias.

En los acontecimientos políticos en los cuales actuaron bajo el liderazgo de personajes de otro origen social, la elite o los sectores medios –la mayoría de los relatados en el apartado II– los miembros del bajo pueblo cumplieron un papel subordinado y por lo tanto es más complejo saber qué los llevó a participar. No es sencillo hallar documentos donde poder rastrear qué pensaban los plebeyos, quienes además eran predominantemente analfabetos.

Una razón, en algunos casos, puede haber sido la obediencia. En abril de 1815 el Cabildo convocó a la población con su campana para defender a la ciudad de un posible ataque del director supremo Alvear, quien estaba en las afueras con su ejército. El Cabildo era considerado el “padre” de la población, la institución que se encargaba de velar por el bien común, y muchos acudían a sus órdenes. Pero también es cierto que el director supremo era odiado porque había incrementado aún más el ya tremendo esfuerzo reclutador del Estado, que desde 1812 se había volcado sobre la plebe urbana, y porque había aumentado el precio del pan y de la carne, elementos básicos de la dieta porteña, a causa de impuestos para la guerra. Sin duda, ese descontento contribuyó a la obediencia a la convocatoria capitular.<sup>20</sup>

En el levantamiento miliciano de octubre de 1820, los plebeyos que intervinieron pueden haber ido en primer lugar obedeciendo órdenes de sus oficiales y también porque el Cabildo estaba detrás de los alzados. Pero la jerarquía no alcanza como explicación: durante 1820 hubo otras convocatorias en los cuales la tropa no obedeció a su oficialidad; las órdenes no siempre eran obedecidas; se necesitaba un

---

<sup>18</sup> Archivo General de la Nación (de aquí en más AGN), sala X, legajo 30-3-4, Sumarios Militares, 957.

<sup>19</sup> J. M. Beruti, “Memorias curiosas”, **Biblioteca de Mayo**, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 3968.

<sup>20</sup> Los aumentos y sus causas en AGN, X, 30-10-1, Órdenes de Policía, 188; **Acuerdos del Extinguido Cabildo**, serie IV, Tomo VI, Buenos Aires, 1927; p. 405. Para el Cabildo como padre véase mi **¡Viva el bajo pueblo!**, op. cit. Véase también J. Sáenz Valiente, **Bajo la Campana del Cabildo**, Buenos Aires, G. Kraft Ltda, 1950.

consenso para obtenerlo. Y también es indudable que la obediencia no explica las razones de la intransigencia durante ese levantamiento de la tropa miliciana en la Plaza de la Victoria.

Una segunda razón de participación se encuentra en los que comúnmente se denomina “clientelismo”. Hubo personajes que usaron su influencia en un barrio, obtenida por su importancia social, por ejercer un cargo público o por ambas cosas (que en general se combinaban), para movilizar gente políticamente. Estos líderes locales, que muchos llaman *brokers* y que serían los antecedentes de los *punteros*, se convirtieron desde la década de 1810 en piezas clave de la política porteña.

Un buen ejemplo es la asonada de octubre de 1812. La Logia Lautaro había preparado una movilización en la que intervenían las tropas y los miembros de la Sociedad Patriótica, todos hombres de la elite. Junto a ellos hubo una presencia plebeya, fundamentalmente ligada a la figura de Juan José Paso, uno de los integrantes del Triunvirato contra el cual se protestaba. El hermano de Paso, Francisco, tenía una relación cercana con dos abastecedores de forraje de algunos cuarteles militares, Antonio e Hilario Sosa, que por su actividad contaban con influencia en las quintas que rodeaban a la ciudad. Ambos estuvieron en la movilización y firmaron el petitorio, y es muy probable que fueran los que condujeron a muchos plebeyos a la plaza; indudablemente eso permitió que el triunviro saliente Paso fuera elegido para el cargo otra vez. Es posible que además del ascendente de los Sosa, se haya prometido dinero a los participantes. Un tiempo más tarde, el pardo Santiago Mercado, alias *Chapa*, quien se ocupaba de “trajinar en el comercio y andar comprando y vendiendo”, dijo que ese día se habían empleado veintiséis mil pesos para sobornar a militares y a otros con el fin de que tomaran parte de la acción. Al poco tiempo, en enero de 1813, a través de una denuncia contra el mencionado Mercado, y de gente que oyó a “un dependiente” o a “varios mozos”, el gobierno tomó conocimiento de una conspiración en su contra dirigida por Francisco Paso y los hermanos Sosa.<sup>21</sup> Esta pequeña facción que agrupaba a prominentes miembros de la elite como los hermanos Paso, a *brokers* como los Sosa y a seguidores como Mercado parece responder bien a un modelo clientelar.

Otro ejemplo se encuentra en el motín de Tagle de marzo de 1823. Un grupito de rebeldes fue capturado por las fuerzas leales en la torre del que había sido el Cabildo, disuelto poco antes, adonde habían subido para tocar la campana con el fin de convocar al pueblo. Uno de ellos era el marinero José María Palacios, quien contó al tribunal que lo juzgó cómo había ingresado en el movimiento. Sostuvo que otro marinero lo convocó a la pulpería de don Isidro Méndez, en San Telmo, a la cual concurrió armado. Desde allí fue “conducido con otros que no conoce” a un hueco cercano en el que se unieron con más gente y avanzaron sobre la plaza. Preguntado por sobre su relación con el pulpero, contestó que “siempre ha conocido a Méndez de comandante de las fuerzas de la Patria desde la Campaña de Montevideo, y como tal lo ha respetado, a más que como Méndez ha sido para él a más de Jefe un patrón que lo ocupaba continuamente, y en quien siempre ha conocido mucho amor a la Patria”. Su relación, entonces, era ya larga, puesto que la última campaña de Montevideo había sido en 1814, siete años antes. La

<sup>21</sup> AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

guerra había generado el vínculo, que luego continuó en el plano económico. Cuando el juez quiso saber cómo se le había indicado ir a la plaza Palacios dijo: “no se le presento orden por Méndez pero que nunca ha recibido de él sino mandatos verbales, y los ha obedecido como de su Jefe, que aunque ha dicho antes que no sabía cual destino público tuviese Méndez pero que siempre lo ha considerado con alguno no obstante de saber que tenía pulpería, pues tiene entendido que hay muchos que sin embargo de tener algún cargo público tienen su negocio”. Podría concluirse en una mirada apresurada que Palacios obedeció una orden sin más, pero no pudo justificarla en términos de un cargo público de su mentor y es claro que su presencia tal como la presentaba tenía el objetivo de mantener un vínculo que siempre había sido beneficioso para él. Además, a la relación preexistente se sumó el aliciente económico, dado que Méndez les dijo “que si salían triunfantes se pagaría a todos”.<sup>22</sup>

Estas relaciones clientelares jugaron un papel en algunas movilizaciones. Vale la pena recordar que es necesario separar al clientelismo de la idea de pasividad del cliente, a diferencia de lo que muchas veces se afirma en algunos debates historiográficos o en el discurso periodístico. Una relación clientelar implica una negociación asimétrica. Como afirmó hace más de tres décadas James Scott, “si el patrono pudiera dar órdenes sencillamente, no tendría ningún motivo para buscarse una clientela. Puesto que necesita un grupo de gente que pueda movilizar en su provecho, se impone algún grado de reciprocidad”.<sup>23</sup> En una sociedad urbana con alta movilidad social, espacial y laboral existieron indudablemente vínculos clientelares pero no parecen haber sido demasiado estables. En el caso recién mencionado, ante el tribunal, Palacios mostró claramente que el culpable de su propia presencia en el motín era Méndez; él se habría limitado a “obedecer su insinuación” creyendo “que aquello era dirigido no contra la autoridad sino por ella misma”. Por supuesto que ese argumento no era creíble pero el imputado no eludió el denunciar abiertamente a su patrón y antiguo jefe para salvarse. Pero hay algo más: el que haya concurrido al levantamiento convocado por un líder barrial, un pulpero, no implica que en ello radique toda la explicación. El soldado que detuvo a Palacios durante el episodio indicó que él y otros tocaban con entusiasmo la campana del ex ayuntamiento mientras lanzaban mueras al gobierno y vivas a la religión. Palacios parece haber participado en el motín por lazos de tipo clientelar y a la vez por convencimiento político con los objetivos de la rebelión. Este punto es clave.

Del juicio que siguió al fracasado intento de Tagle se desprenden distintas razones de plebeyos para haber participado de la movilización: seguir a un jefe, acudir en defensa de la ciudad supuestamente amenazada (al escuchar la campana del ex Cabildo convocando a la población), garantizar derechos que se consideraban violados

---

<sup>22</sup> AGN, X, 13-3-6, Revolución de Tagle.

<sup>23</sup> J. Scott: “¿Patronazgo o explotación?”, en E. Gellner et al, **Patrones y clientes**, Madrid, Ediciones Jucar, 1985, p. 37 [1º ed. en inglés de 1977]. Para los *brokers* en sociedades preindustriales véase S. Kettering, “The Historical Development of Political Clientelism”, **Journal of Interdisciplinary History**, XVIII: 3, 1988, pp. 419-447. Una exploración muy interesante de las “trampas” del concepto clientelismo se encuentra en J. Auyero, **La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo**, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2001.

(un argumento falso de los agitadores fue que se quería hacer veteranos a los milicianos), o estar en contra del jefe de de la Policía porque era un “déspota”.<sup>24</sup> Pero a esos diferentes motivos los englobaba un objetivo común: expresar su descontento con lo que percibían como una violación del bien común del gobierno, que en su perspectiva con la reforma eclesiástica atacaba a la religión, con la disolución del Cabildo había perjudicado al interés común, y no defendía los intereses de la patria. Más allá de las prácticas clientelares utilizadas, todos los movilizados, líderes y seguidores, compartían un objetivo político. En el caso presentado antes, la conspiración de 1813, los hermanos Sosa fueron acusados de haber intentado “seducir los regimientos y en San Nicolás [el barrio] a alcaldes y vecinos” con el argumento de que había que guillotinar a “los malos paisanos”. Es decir, ellos tenían una clientela pero para lograr una movilización mayor tenían que apelar a una consigna política.<sup>25</sup>

También en 1833 las redes clientelares fueron importantes. Encarnación Ezcurra, la esposa de Rosas, y su hermana María Josefa Ezcurra tenían una trama de contactos con miembros de la plebe, en la cual cumplían una suerte de asistencia social. Los federales contrarios a Rosas llamaba a su mujer la “mulata Toribia” por esas relaciones con “la hez del pueblo”, que Encarnación supo jugar políticamente (según un opositor, “con ofertas y promesas de grandes recompensas que les dispensaría Juan Manuel, reunió considerable número de prosélitos del más bajo jaez, pero de armas tomar”).<sup>26</sup> Esos lazos favorecieron el desencadenamiento de la *Revolución de los Restauradores* y permitieron la formación unos meses más tarde de la Sociedad Popular Restauradora, el club de rosistas fervorosos. El éxito de su esposa fue saludado por Rosas (quien estaba lejos de la ciudad en una campaña contra los indígenas):

*“Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres y por ello cuánto importa el sostenerlo para atraer y cultivar sus voluntades [...] No cortes pues sus correspondencias. Escríbeles con frecuencia, mándales cualquier regalo, sin que te duela gastar en esto. Digo lo mismo respecto a las madres y mujeres de los pardos y morenos que son fieles. No repares, repito, en visitar a las que lo merezcan y llevarlas a tus distracciones rurales, como también en socorrerlas con lo que puedas en sus desgracias. A los amigos fieles que te hayan servido déjalos que jueguen al billar en casa y obséquialos con lo que puedas”.*<sup>27</sup>

Sin duda Rosas y Encarnación sabían como crear una clientela. Pero en la lucha interna entre los federales no alcanzó con eso. En cartas que antecedieron a la resolución del conflicto, Rosas recomendaba a sus partidarios que no había que olvidar la invocación “federal” cuando se hablaba a los paisanos, puesto que “el nombre que hoy nos corresponde es el siguiente: Federales Apostólicos. Es largo pero peor será que por seguir solo el segundo vengamos a perder el primero, y a causar un enrede contra

<sup>24</sup> AGN, X, 13-3-6, Revolución de Tagle.

<sup>25</sup> AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

<sup>26</sup> En orden: **El defensor de los derechos del pueblo**, 81, 1º de octubre de 1833; T. Iriarte, **Memorias**, vol. 5, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1947, pp. 30 y 22.

<sup>27</sup> Carta de Rosas en M. Lobato, **La revolución de los Restauradores**, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 90.

de la causa”. Buscaba quitarle la identidad federal a sus contrarios: “A los cismáticos debe decirseles Decembristas unitarios” (decembristas por el mes en que mataron a Dorrego), porque si sólo se los llamaba cismáticos equivaldría a “confesar que son federales”.<sup>28</sup> La identidad federal era fundamental en ese momento entre la plebe y era decisiva para la acción política.

El contenido político es entonces primordial para entender la participación popular. Sin él no se comprende la extrema decisión de los milicianos cívicos en octubre de 1820, que llevó a muchos de ellos a la muerte; defendieron la posición contraria a los *directoriales* más allá de los jefes del levantamiento. En distintas concentraciones, como la que condujeron en abril de 1811 los alcaldes de barrio y de la hermandad para llevar plebeyos suburbanos a la Plaza de la Victoria, como la que mucho después lideraron los jueces de paz federales frente a la legislatura porteña en junio de 1839, se jugaron lazos “clientelares”. Pero esos episodios no se comprenden si no se tiene en cuenta que en el primero la consigna fue seguramente la que abrió el petitorio de los participantes, la popular iniciativa de que se expulsara a los españoles de la ciudad, y que en el segundo la extendida identidad federal se sintió amenazada ante la doble presión de los enemigos internos y externos.

Los lazos clientelares no pueden explicar porqué una multitud se reunió delante en la Plaza de la Victoria para expulsar de la ciudad a Carlos de Alvear ante la noticia de que había entrado en la ciudad en marzo de 1820; no brindan pistas de porqué tras el fusilamiento de Dorrego en diciembre de 1828 muchos habitantes de los suburbios porteños se fueron a la campaña para unirse a las partidas contrarias a los unitarios; no dan la clave para entender porqué en octubre de 1833, ante la noticia de que se iba a juzgar al *Restaurador de las Leyes* –a la sazón un periódico, pero que muchos creyeron era el propio depositario de ese título, Rosas– hubo una amplia concentración que terminó desencadenando la *Revolución de los Restauradores*; no revelan porqué tuvo lugar la oposición al regreso del líder unitario Rivadavia en 1834; no explican el segundo estallido de terror mazorquero en 1842. Los elementos decisivos para entender esto están en la política.

## V

Ahora bien, ¿cuáles fueron las posiciones políticas de la plebe? El elemento que estuvo en la base de la adhesión popular a la Revolución fue la identificación de ésta con la patria. El amor por la tierra de origen era una característica extendida en el mundo colonial hispanoamericano y fue glorificado en Buenos Aires por las exitosas reconquista y defensa de la ciudad contra los invasores británicos. La Revolución se proclamó como una regeneración patriótica. En los primeros años revolucionarios la plebe se identificó con la causa patriótica y no con algún grupo en particular; las facciones eran cambiantes y duraban poco en el poder.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Carta de Rosas en Celesia, op. cit., p. 576.

<sup>29</sup> Halperin Donghi, **Revolución y Guerra**, op. cit.

Pero el enemigo era claro: empezaron siendo los “mandones” del régimen previo, aunque en seguida se fueron ampliando a todos los españoles-europeos, los peninsulares. Hemos visto que la consigna de expulsarlos fue la que permitió la primera gran movilización plebeya en abril de 1811. Al año siguiente, el descubrimiento de la conspiración contrarrevolucionaria, denunciada por un esclavo, terminó con el fusilamiento de 33 peninsulares, entre ellos su líder Álzaga, a quien “aún en la horca lo apedrearon, y le proferían a su cadáver mil insultos, en términos que parecía un Judas de sábado santo”.<sup>30</sup> La animosidad antipeninsular fue tal que preocupó al gobierno, el cual el mismo día de la muerte de Álzaga le escribió al Cabildo advirtiendo “observarse en el Pueblo una exaltación, y efervescencia, que pudiera insensiblemente degenerar en el desorden”, por lo cual pedía que se calmara a la población y se vigilaran las calles.<sup>31</sup> Sin embargo, a los pocos días se esparció la falsa noticia de que habían desembarcado los marinos de Montevideo y mucha gente se congregó en la plaza y en los cuarteles para la defensa.<sup>32</sup> Los rumores corrían a granel y se produjo una ola de delaciones y acciones violentas, en las cuales los miembros de la plebe jugaron un papel principal: hubo saqueos de casas de peninsulares y muchísimas denuncias contra otros acusados de esconder armas, o de haber hablado contra la revolución, o de haber dicho cosas como “que ha de llenar la bocacalle de su casa de patricios ahorcados”.<sup>33</sup> Los miembros del triunvirato se vieron afectados también: fueron rodeados en la calle por un grupo hostil o perdieron los vidrios de sus residencias a manos de una multitud que pedía más rigor. Durante días el gobierno imprimió proclamas pidiendo calma. Pero el resultado de la presión popular fue que se avisara por bando la prohibición a los peninsulares de tener pulperías y que en todos los oficios debía contratarse a “hijos del país”; también se dispuso una nueva requisita de armas entre los europeos. Muchos de ellos fueron asimismo confinados en Luján, como medida precautoria.<sup>34</sup>

En los años sucesivos, mientras duró la guerra de independencia, siguieron las denuncias y las amenazas contra los peninsulares, que se volvieron a intensificar en momentos de crisis –como después del fracaso de la última ofensiva sobre el Alto Perú en 1815– y en particular cuando en 1819 comenzaron a llegar las noticias de que en Cádiz se preparaba una gran expedición contra el Río de la Plata, la cual finalmente no se produjo. La hostilidad y el pedido de rigor contra los españoles fue un rasgo clave de la actitud plebeya en la década de 1810.

A la vez, desde fines de esa década se empezó a formar una facción política que obtuvo una base de fuerte de apoyo plebeyo. Éste provino en un primer momento de la

<sup>30</sup> Beruti, op. cit., p. 3830.

<sup>31</sup> **Acuerdos del Extinguido Cabildo**, T. V, op. cit., p. 261.

<sup>32</sup> “Carta de Olleros a José Lino de Echevarría”, cit. en J. Canter, “El año XII, las asambleas generales y la revolución del 8 de octubre”, en Academia Nacional de la Historia, **Historia de la Nación Argentina**, vol. V, 2° sección, Buenos Aires 1941, p. 487.

<sup>33</sup> AGN, X, 6-7-4, Conspiración de Álzaga.

<sup>34</sup> Hubo una “orden general de internación de Europeos”; véase el pedido de Josefa Xil para que regresara de Luján su marido, un zapatero peninsular, que fue denegado, en AGN, X, 6-6-12, Solicitudes Civiles y Militares.

oposición a las medidas de los *directoriales* que gobernaron desde 1816: moderación hacia los españoles, connivencia con los portugueses –tradicionales enemigos– para que ocuparan la Banda Oriental, debilidad de Buenos Aires ante los litoraleños artiguistas, “aristocratización” del estilo de gobierno. Esos eran elementos que causaron el gran desprestigio *directorial* entre la plebe que llevó a las acciones de 1820. La facción popular fue derrotada en octubre de ese año, pero pronto se fue reconstituyendo. De a poco, uno de sus líderes, Dorrego, fue construyendo una relación fluida con los plebeyos. Era carismático, se vestía a la usanza popular para recorrer los barrios y “captarse la multitud, los descamisados”,<sup>35</sup> al tiempo que estaba atento a los intereses populares: su primera intervención cuando asumió como diputado provincial en octubre de 1823 fue una protesta contra el alistamiento de ciudadanos que pertenecían a las milicias en el ejército de línea, justo después de la gran agitación que había hecho suspender el contingente.<sup>36</sup>

Al mismo tiempo, Dorrego “siempre se distinguió por la virulencia de su hostilidad hacia los ingleses” y tenía un fuerte discurso antiportugués.<sup>37</sup> Eso entroncaba en la posición contraria a dichos extranjeros que era muy extendida entre la plebe. Los ingleses eran “herejes”, tradicionales enemigos de España y concentraban el rencor de los artesanos porteños por los grandes inconvenientes que les generaban la competencia de sus productos.<sup>38</sup> Pero la animosidad contra los extranjeros era además general. Cuando el francés Isabelle desembarcó en Buenos Aires fue insultado por los carretilleros que lo trasladaron a la costa con los epítetos de “gringo”, “carcamán”, “godo” y “sarraceno” (estos últimos dos habían sido originalmente reservados para los españoles).<sup>39</sup>

El lado político de esta animadversión fue que a través de la labor del grupo de Dorrego –el “partido popular” que a mediados de la década de 1820 se transformó en el “partido federal” de Buenos Aires– pero también de la experiencia plebeya, se fue creando una identificación entre los extranjeros con el Partido del Orden y después con sus herederos, los unitarios. Fue explícito en abril de 1829, durante el levantamiento rural contra el gobierno unitario de Lavalle que había matado a Dorrego, cuando aparecieron en la plaza de Monserrat una serie de pasquines que decían: “¡Antes indios que extranjeros!; Muerte a los extranjeros que asistan a la plaza!; Ellos comerán barro caliente! La Federación reinará y todo extranjero que se oponga morirá por la ley. Los indios son preferibles a los unitarios”. La razón inmediata de esa furia era que varios

---

<sup>35</sup> Iriarte, op. cit., vol. 3, 1944, p. 216.

<sup>36</sup> C. Parsons Home, **Biografía del coronel Dorrego**, Buenos Aires, Coni, 1922.

<sup>37</sup> J.M. Forbes, **Once años en Buenos Aires (1820-1831)**, Buenos Aires, Emecé, 1936, p. 473 (carta del 20 de agosto de 1827).

<sup>38</sup> Ejemplos de quejas de artesanos contra las importaciones inglesas en AGN, X, legajo 8-9-5, Solicitudes Civiles (1815), y en el periódico *Eu nao me meto con ninguem*, n° 1, 24 de julio de 1821.

<sup>39</sup> Isabelle, op. cit., p. 110.



franceses se habían enrolado a favor del gobierno, pero hacía sistema con una creencia popular.<sup>40</sup>

A este par extranjeros-unitarios se agregaba otra caracterización que era la de aristócrata (y se ha señalado con frecuencia que el odio a los extranjeros y a los ricos era una constante en las motivaciones para la acción de la plebe en las ciudades preindustriales).<sup>41</sup> Si se observan las dirigencias unitaria y federal ambas estaban integradas por miembros de la elite. Pero aquella caracterización se volvió muy fuerte a finales de la década de 1820. Los federales, decía un observador,

*“eran más populares que los Unitarios, los pelucones. Eran éstos considerados como miembros de una nueva aristocracia que empezaba a fundarse, y este solo dictado era un gran motivo de repulsión en un pueblo alimentado desde el principio de la revolución con máximas, más bien, con palabras y con hechos de la más desmesurada oclocracia [...] mal podían los espíritus menguados, y las clases bajas del pueblo, descendiendo hasta las proletarias, avenirse con tendencias que manifiestamente tenían por objeto y resultado definitivo excluirlos de los goces y prerrogativas más marcadas de la asociación: la igualdad, que siempre es mal entendida por las clases del pueblo. La vanidad irritante de los unitarios acabó de poner el sello a la animadversión de sus contrarios [...]”*.<sup>42</sup>

En 1826 los federales comenzaron a editar el periódico *El Tribuno*, y en su primer número acudieron a esa identificación proclamando: “No os azoréis, aristócratas, por esta aparición”.<sup>43</sup> Un mes antes, la condena a la aristocracia había aparecido en el Congreso constituyente reunido en Buenos Aires, en el debate acerca de quiénes iban a tener derecho a voto. Los unitarios abogaban por una restricción del sufragio, suspendiendo la ciudadanía de los jornaleros, domésticos a sueldo, soldados, los procesados penalmente y los “notoriamente vagos”. Su principal argumento fue que la situación dependiente de aquellos individuos los hacía seguir pasivamente la opinión de sus patrones. Algunos diputados federales se opusieron firmemente a la propuesta. Dorrego –que estaba a favor de quitarle la ciudadanía a mendigos y vagos notorios– argumentó que los “domésticos asalariados” y los jornaleros gozaban de más libertad que los empleados del Estado, puesto que podían cambiar de trabajo y de patrón, al tiempo que los otros eran completamente dependientes del gobierno. Si se excluía injustamente el sufragio a unos, era también necesario quitárselo a los otros. “¿Y qué es lo que resulta de aquí? una aristocracia la mas terrible, si se toma esta resolución; porque es la aristocracia del dinero”, argumentó; “y desde que esto se sostenga se hecha por tierra el sistema representativo, que fija su base sobre la igualdad de los derechos”.

<sup>40</sup> La cita en **The British Packet**, Buenos Aires, Hachette, 1976, p. 232 (11 de abril de 1829). También A. d’Orbigny, **Viaje por América Meridional II**, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 557. La identificación entre unitarios y extranjeros se dio también en la campaña, véase R. Fradkin, **La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

<sup>41</sup> Véase por ejemplo el clásico de E. Hobsbawm, **Rebeldes primitivos**, Barcelona, Ariel, 1983.

<sup>42</sup> Iriarte, vol. 3, op. cit., p. 218.

<sup>43</sup> “Preliminares”, **El Tribuno**, 11 de octubre de 1826.

Dorrego defendía su capital político y algunos unitarios le facilitaron la tarea. El diputado Manuel Castro le contestó, “nunca puede dejar de haber esa aristocracia [...] que es la que hace conservar la sociedad y el orden”. Las “aristocracias de sangre” eran peligrosas “porque se oponen á las leyes y á un sistema libre; pero aquellas aristocracias que nacen de la naturaleza de las cosas, no hay poder en la tierra que pueda vencerlas [...] Dios ha puesto esa misma desigualdad en las cosas”.<sup>44</sup>

Ese tipo de situaciones, que se conocían muy bien en una ciudad donde las noticias corrían febrilmente de pulpería en pulpería, aportaba a la construcción de la identificación descripta y ayudó a construir la adhesión popular al federalismo, que se convirtió en un rasgo clave de la política porteña a partir de entonces. La hostilidad de la plebe urbana hacia los *aristócratas-unitarios-extranjeros* provenía de su caracterización como una elite que no respetaba los viejos principios que había impulsado la Revolución ni hacía esfuerzos inclusivos con respecto al bajo pueblo. El federalismo quedó asociado con la atención a las problemáticas populares, y Rosas supo operar con esa realidad tras la muerte de Dorrego. Por ejemplo, en los años sucesivos recomendó que siempre se hablara de él como el “padre de los pobres”, sobrenombre que antes había recibido aquel. En la división federal de 1833, el sector rosista dirigido por Encarnación Ezcurra fue el más efectivo en movilizar a la plebe. Antes del conflicto, ella le escribió a su marido: “la mayoría de casaca tiene miedo”, refiriéndose al círculo dirigente de los *apostólicos*, puesto que la casaca, como la levita y el frac, eran prendas exclusivas de los sectores pudientes; en cambio, “los pobres están dispuestos a trabajar de firme”.<sup>45</sup>

Rosas contaba entonces con esa identificación popular con el federalismo que lo precedía, pero agregó su propio sello cuando retornó al poder: premió a sus seguidores de la Sociedad Popular Restauradora, promulgó en 1836 una ley de aduanas que protegía a los artesanos y mantuvo una relación fluida con la numerosa colectividad negra, a la que le permitió protagonizar las fiestas mayas de 1838, apenas después del establecimiento del bloqueo francés (ante el horror de sus enemigos, para quienes “llegó al último grado de vileza y desgracia rebajando un día como ese a términos de poner tambores de negros en la plaza”).<sup>46</sup>

A estas medidas puntuales se añadieron cuestiones más profundas que contribuyeron a la popularidad de Rosas. En primer lugar, la sacralización de la causa federal, como señala primero la denominación de *apostólica* que adoptó su facción en la lucha interna federal –sugiriendo elípticamente que sus rivales eran enemigos de la religión– y luego la extensión de la consigna “viva la Santa Federación”. Quienes se enfrentaban a una causa santa se demonizaban, justificando su eliminación. En su segundo gobierno Rosas impulsó que su retrato se exhibiera en las iglesias y que los sacerdotes remataran sus sermones explicitando su apoyo a la causa federal. Otro

---

<sup>44</sup> Ambos en E. Ravignani (comp), **Asambleas Constituyentes Argentinas**, Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Tomo III, Buenos Aires, 1937, p. 736.

<sup>45</sup> Carta de Ezcurra en Lobato, op. cit., p. 81.

<sup>46</sup> La cita en G. Andrews, **Los afroargentinos de Buenos Aires**, Buenos Aires, De la Flor, 1989, p. 120; para el resto véase mi **¡Mueran los salvajes unitarios!**, op. cit.

elemento de peso fue la caracterización del federalismo como el partido que defendía a la patria, y del gobernador como su salvador; la intervención francesa favoreció el afianzamiento de esa postura. Finalmente, como ha destacado Raúl Fradkin, la idea de la “restauración de las leyes” con la cual se identificó Rosas fue percibida por miembros de las clases populares como la posibilidad de reinstalar la vigencia de la costumbre y compensar los abusos causados por las administraciones provinciales de la década de 1820 (que en la campaña obedecieron en buena medida al apoyo gubernamental a los propietarios que intentaban afirmar sus derechos sobre tierras ocupadas).<sup>47</sup>

Durante los años de Rosas, para buena parte de la plebe los enemigos pasaron a ser los “salvajes unitarios”, una máxima repetida hasta el hartazgo por el régimen y en la que se incluía a todo aquel que se le opusiera. La determinación plebeya contra los unitarios fue un pilar del poder rosista durante los fuertes embates que sufrió entre 1838 y 1843. Y ayuda a explicar los sucesos finales del ciclo de movilizaciones populares iniciado en 1806. En marzo de 1842, cuando el triunfo rosista parecía absoluto en toda la Confederación y sobre todos sus enemigos, los correntinos al mando del general Paz se apoderaron de Entre Ríos. La llegada de esa noticia a Buenos Aires volvió a generar un estallido de terror. La Mazorca ganó las calles y cometió varios crímenes: al menos veinte personas fueron asesinadas y varias más heridas o saqueadas. Si los ataques de 1840 habían sido nocturnos, algunos de los de abril de 1842 se cometieron a plena luz y con mayor crueldad. Las razones de este renacer de la violencia las explicó en una carta escrita durante la matanza la esposa del gobernador sustituto Felipe Arana: “Yo lo previne ya porque sabía que en el campamento”, es decir la base del ejército ubicada en las afueras de la ciudad, “había mucha exaltación contra los salvajes, pues decían que cuando habían pensado en retirarse a sus casas a descansar venían estos malvados a empezar de nuevo la guerra, que era preciso que no quedase uno para que ellos y el país disfrutasen de tranquilidad”. La opinión corría “desde el Jefe hasta el último tambor” y tenía repercusión; “las reuniones federales que Usted ha visto aquí son tortas y papel pintado para las que hay ahora, el exterminio de los salvajes es lo único que se oye como único remedio a la terminación de la guerra pues ya han desesperado de que la moderación pueda jamás convencerlos”.

El 19 de abril se informó a los jefes de la Policía, el Ejército y la Milicia que el gobernador “ha mirado con el más profundo desagrado los escandalosos asesinatos que se han cometido en estos últimos días, los que aunque habían sido sobre salvajes unitarios nadie absolutamente estaba autorizado para semejante bárbara feroz licencia, siendo por todo aún más extraño a Su Excelencia que la Policía se hubiese mantenido en silencio sin llenar el más principal de sus deberes”.<sup>48</sup> Estas palabras invitan a diferenciar el terror de 1842 del de 1840. En ese año, las muertes fueron si no ordenadas

<sup>47</sup> R. Fradkin, “La experiencia de la justicia: estado, propietarios y arrendatarios en la campaña bonaerense”, en AA.VV., **La fuente judicial en la Construcción de la Memoria**, La Plata, Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, 1999, pp. 145-188.

<sup>48</sup> Cartas de Pascuala Beláustegui y del edecán de Rosas cit. en E. Barba, “Las reacciones contra Rosas”, en Academia Nacional de la Historia, **Historia de la Nación Argentina**, vol. VII, Buenos Aires, 1950, pp. 690 y 691.

por Rosas –en el sentido de que no podemos saber si seleccionó a las víctimas y ordenó sus muertes– sí toleradas y controladas por él.

Los asesinatos de 1840 fueron para Rosas una forma de aterrorizar a la elite porteña. Ya no era suficiente el uso obligatorio del símbolo federal, la divisa punzó: la sola actitud neutral podía verse como simpatía unitaria y podía costar la vida en la propia casa del implicado. Era una drástica solución, que resultó efectiva, a la tradición de actividad política de la elite; fue un medio para concluir su disciplinamiento. En cambio, en 1842 la Mazorca parece haber actuado por su cuenta. El gobernador estaba, al igual que dos años antes, en el campamento de extramuros. La Policía no se dedicó a detener las muertes pues seguramente no sabía bien qué indicaciones había recibido la Mazorca de parte de Rosas. Pero éste ya no necesitaba la matanza pues la ciudad estaba completamente pacificada y no estaba amenazada por ningún peligro inmediato, como sí sucedió en 1840 cuando el ejército de Lavalle había llegado a estar muy cerca de Buenos Aires. Esta segunda masacre parece haber sido una venganza llevada a cabo por los federales extremos contra aquellos a quienes volvieron a señalar como unitarios, producida por el hastío de la guerra y en algunos casos, posiblemente, por el deseo de apoderarse de algunos bienes de las víctimas. Si podemos incluir este episodio dentro de la práctica de las movilizaciones populares –aunque otra vez había aquí una innovación porque ésta incluyó un tipo de violencia nueva– sin duda fue la última.

## VI

En este intento de comprender la participación política popular es necesario añadir un elemento tan fundamental como difícil de estudiar: que ella tenía un trasfondo social y racial. Por empezar, en la intransigente identificación plebeya de los peninsulares como enemigos de la patria durante la década de 1810 existió una impugnación a su posición social. En el período virreinal, la plebe, formada mayoritariamente por americanos y africanos, soportaba la superioridad que en todos los espacios tenían los peninsulares por el prestigio que les daba su origen, sus consiguientes ventajas en el mercado laboral y matrimonial, sus mayores facilidades para acceder a crédito en las redes creadas por los oriundos de una misma región, y su situación preeminente en el comercio minorista.<sup>49</sup> Con la revolución esos resentimientos pudieron aflorar, politizados. Ahí radica una de las causas centrales de la casi unánime fidelidad revolucionaria de la plebe.

En la polarización creciente, y exacerbada entre 1811 y 1812, el campo revolucionario fue igualando simbólicamente a todos los americanos, incluyendo a los africanos, todos enfrentados con los peninsulares. Dentro de la porción “americana” la jerarquía social no se modificó, incluso los españoles europeos de la elite que adhirieron a la nueva causa continuaron gozando de su posición relativamente privilegiada pero se fue quebrando su contenido formal. La causa revolucionaria, a través de la fidelidad a la patria y la identidad americana, brindaba aparentes ventajas sociales y la

---

<sup>49</sup> M. Pérez, “En la búsqueda de mejor fortuna”. *Los inmigrantes españoles pobres y las clases populares en el Buenos Aires tardo colonial*, tesis doctoral, UBA, 2008.

posibilidad de dirimir conflictos con los peninsulares surgidos en otras esferas. De ahí, probablemente, la gran cantidad de denuncias contra comerciantes hispanos a lo largo de los años revolucionarios.

Mientras la causa de la Revolución fue vivida como una empresa colectiva, buena parte de las tensiones sociales se subsumieron en ese conflicto con los peninsulares. No todas, por cierto. El motín de los patricios, que se recordará tuvo como objetivo defender el derecho del cuerpo de ser miliciano y no veterano, mostró un lado social, al estar protagonizado únicamente por suboficiales y soldados. En el episodio que desencadenó el levantamiento, un teniente anunció que cortarían la trenza distintiva del cuerpo a quien faltase a una revista, lo cual fue respondido a gritos: un soldado dijo que “primero iría al Presidio”, otro que “eso era quererlos afrentar”, y un tercero que “más fácil les sería cargarse de cadenas que dejarse pelar”. El oficial argumentó que si veían una afrenta en la medida “él también estaría afrentado pues se hallaba con el pelo cortado”. Pero otro soldado, “en tono altanero”, le gritó “que él tenía trajes y levitas para disimularlo”. La tensión social no fue el disparador del alzamiento, pero apareció en juego.<sup>50</sup>

Es que la Revolución dio lugar también a tendencias igualitaristas. Estaban presente en los orígenes en el discurso del grupo más radical de revolucionarios, desde Mariano Moreno a Bernardo de Monteagudo, pero también se basaban en la politización de una situación previa: una sociedad integrada según el virrey Liniers por “gentes que se creen todos iguales”.<sup>51</sup> En la milicia organizada tras las invasiones británicas “los soldados de cada compañía no querían que sus oficiales llevaran la charretera sino una pequeña señal”, según contaba un integrante de la tropa, porque eran símbolos de vanidad (y para rebajar su sentido hubo milicianos que se pusieron charreteras de papel en la bragueta).<sup>52</sup> El trasfondo igualitario ayudó después de la Revolución al triunfo del republicanismo como sistema, a través de la creciente identificación de una oposición entre la patria y el rey, que devino una más general entre la soberanía del pueblo y la monarquía. No es que haya rastros de expresiones “doctrinarias” por parte de los plebeyos pero es claro que las soluciones monárquicas al problema de la legitimidad no tuvieron eco y la erección de un sistema republicano, en principio *de facto* y luego *de iure*, se impuso sin obstáculos ostensibles de parte de la población. Una canción decía: “el Rey es hombre cualquiera”, y otra, “no se necesitan reyes / para gobernar los hombres / sino benéficas leyes”.<sup>53</sup>

Esas palabras fueron escritas por Bartolomé Hidalgo, un payador y poeta oriental, quien a fines de la década de 1810 residiría y sería muy popular en Buenos Aires. Es de todo modo probable que el fuerte contenido igualitarista del levantamiento rural en la Banda Oriental, cuya zona más candente se ubicaba a pocos kilómetros de Buenos Aires, haya influido en la ciudad –de donde entraban y salían personas constantemente antes de la llegada de esa figura. Hidalgo haría decir a uno de sus

<sup>50</sup> Las citas en Fitte, op. cit., pp. 86 y 87.

<sup>51</sup> Cit. en P. Groussac, **Santiago de Liniers**, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1943, p. 120.

<sup>52</sup> **Diario de un soldado**, op. cit., p. 65.

<sup>53</sup> B. Hidalgo, **Cielitos y diálogos patrióticos**, Buenos Aires, CEAL, 1967, pp. 26 y 31.

personajes “¿Por qué naides sobre naides ha de ser más superior?”.<sup>54</sup> La percepción de ese tipo de tendencias igualitaristas, poco definidas pero existentes, ayudó al pánico social de la elite ante el levantamiento de octubre de 1820. Un letrado escribió que la patria estaba “expuesta a ser víctima de la ínfima plebe, que se halla armada, insolente y deseosa de abatir a la gente decente, arruinarlos e igualarlos a su calidad y miseria”.<sup>55</sup>

En 1822 Hidalgo puso en boca de un gaucho un lamento porque los que habían arriesgado su vida en la guerra de independencia seguían en la miseria mientras otros se enriquecían en Buenos Aires, y al hacerlo seguramente representaba lo que pensaban varios plebeyos.<sup>56</sup> Esa sensación fue una de las causas de la progresiva inclusión de una dimensión social en el conflicto político local, ya no centrada en los peninsulares sino en la misma elite porteña: la aversión creciente contra los aristócratas, que reemplazaron a los españoles como principal enemigo de muchos plebeyos. Hay que tener en cuenta que en sus primeros años el Partido del Orden persiguió duramente a los considerados vagos y a los mendigos, intentó garantizar el cumplimiento de los contratos laborales impidiendo la movilidad de los aprendices artesanales y reafirmó la obligatoriedad de la papeleta de conchabo para los peones urbanos y rurales (el que no la poseyera era tomado por vago).<sup>57</sup> Además, las reformas eclesiástica y militar, la disolución del Cabildo y el no reemplazo de algunas de sus funciones “paternales”, sumadas a la arrogancia de la nueva dirigencia, alejaron al gobierno de buena parte de la plebe. De ahí la identificación progresiva con los populares/federales y el grito lanzado por sus partidarios en las elecciones de 1828: “¡Viva el gobernador Dorrego! ¡Mueran los de casaca y levita, y viva el bajo pueblo!”.<sup>58</sup>

Muchos federales le dieron un componente social, en el terreno simbólico, al enfrentamiento con los unitarios. Ello fue claro a partir del uso de vestimenta popular por parte de los primeros, que se fue enfatizando con los años y se convirtió en costumbre desde 1835. Lo mismo con la adopción del popular bigote como marca federal y en el rechazo del frac y la patilla en forma de U que utilizaba la elite. Por supuesto, no todos los plebeyos eran federales (y los dirigentes federales eran en ese momento lo más granado de la elite porteña), pero sí se construyó una filiación de ese partido con lo popular.

Un buen ejemplo fue la denuncia que pardo libre Felipe Vilaró hizo a la Policía sobre el médico Antonio Abad en 1839, durante la crisis del rosismo. Vilaró estaba haciendo albañilería en la casa de Abad, donde además su mujer trabajaba de doméstica. Según el denunciante siempre hablaban de política y Abad mostraba ser “contrario al Sistema Federal, al Ilustre Restaurador de las Leyes y estar conforme con el Bloqueo”. En una oportunidad Vilaró había estado con otras personas, albañiles pardos como él, y por eso podía acusarlo con testigos de haber dicho que Lavalle iba a llegar a la ciudad “y el Bandido Rosas que los tiene alucinados a ustedes con los bailes, será quitado del

---

<sup>54</sup> Hidalgo, op. cit., p. 43.

<sup>55</sup> Beruti, op. cit., p. 3933.

<sup>56</sup> Hidalgo, op. cit., p. 48.

<sup>57</sup> Halperin Donghi, **Revolución y guerra**, op. cit.; también mi **¡Viva el bajo pueblo!**, op. cit.

<sup>58</sup> **El Tiempo. Diario político, literario y mercantil**, n° 5, 6 de mayo de 1828.

medio". Vilaró respondió que "si algún soldado de los de mi cuerpo se pasara yo sería el primero que le pegaría un balazo aunque el Señor Gobernador me fusilase después", tras lo cual se encargó de difundir lo ocurrido "en el barrio para hacerlo conocer como enemigo del Gobierno". Aunque los otros corroboraron los dichos, Abad se defendió afirmando que todo era mentira y que creía "que Vilaró haya hecho su delación por reconvenciones de trabajo".<sup>59</sup> El episodio es una muestra del potencial de zanjar disputas sociales (en este caso laborales) que daba la adhesión al federalismo. Un plebeyo podía actuar contra un miembro de la elite en igualdad de condiciones. Esto era impensable entre 1820 y 1827, cuando el Estado intervenía e a favor de los estratos más altos. El rosismo no intentaba, claro, transformar la sociedad, pero como la fidelidad política se hizo más importante que cualquier otra, hubo un espacio para que se expresaran tensiones sociales en la lucha contra los unitarios. No es que Vilaró estuviese "disfrazándose" de federal para atacar a un patrón; la relación con la política no suele ser tan directa. Pero el federalismo daba la oportunidad de atacar a un patrón, por cuestiones políticas, y eso contribuía a su popularidad.

Los enemigos de Rosas resaltaron el apoyo del bajo pueblo al régimen y el igualitarismo que implicaba. De acuerdo a José Mármol, los plebeyos creían "que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamándose la sociedad entera en una sola familia". Para Vicente Quesada, durante la etapa del terror "era preciso aparentar la más indiferente serenidad, porque se había perdido la confianza, los criados podían ser espías; una palabra indiscreta podía comprometer la vida o la fortuna: no se podía ni reconvenirles ni mirarlos con severidad; la tiranía estaba en los de abajo".<sup>60</sup> La identificación popular con el federalismo contribuyó a que se viera la presión política ejercida sobre la elite como una suerte de revancha social. De ahí que varios plebeyos aparecieran denunciando a supuestos unitarios pertenecientes a otros grupos sociales superiores al de ellos. Muchos encontraron en el federalismo un canalizador de sus aspiraciones.

Es importante atemperar una mirada "romántica" que puede desprenderse de estas afirmaciones, en el sentido de proponer a la Revolución y sus efectos como una gran empresa emancipatoria para toda la sociedad. Si en alguna medida lo fue –y con límites claros– eso se debió a que los mismos miembros del bajo pueblo contribuyeron con su acción, desde su lugar subalterno, a darle ciertos lineamientos a un movimiento revolucionario que no iniciaron ni nunca dirigieron. En la posterior conformación de la identidad federal, que parece haber sido el resultado de las tendencias igualitaristas, fue tan importante la acción de los líderes federales como la de sus seguidores, que le dieron un sentido propio a esa filiación.

La población negra, que tenía una "agenda" bastante definida en la búsqueda de la libertad de los esclavos –en la que cual participaban también los libertos– encontró

<sup>59</sup> AGN, X, 33-3-8, Órdenes de Policía, 29 de enero de 1839.

<sup>60</sup> J. Mármol, *Amalia*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 105; V. Quesada, *Memorias de un viejo*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1998, p. 102. Para la relación popular con el rosismo en la campaña véase R. Salvatore, *Wandering Paisanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham & London, Duke University Press, 2003.

en la Revolución un camino posible para la realización de ello a través de las esperanzas generadas por la declaración de la libertad de vientres en 1813 (“todo respira el desterrar la esclavitud”, decía una solicitud de un moreno libre al gobierno en 1815),<sup>61</sup> y el ingreso de los hombres en el ejército revolucionario, de donde salían libres. El servicio a la Patria daba derechos, y cuando en 1820 un oficial insultó a unos soldados negros, uno de ellos pudo responderle que era cierto que era negro, pero que reparara en que era un cabo de la Patria, generando una gritería en su contra.<sup>62</sup>

Fueron las propias personas de origen africano quienes construyeron de a poco y dificultosamente su espacio. Porque en la Revolución no estaba necesariamente el camino a la libertad. En otras regiones americanas, los esclavos fueron liberados y movilizados por los realistas (como en Popayán, Nueva Granada). E incluso en la Banda Oriental, el sector revolucionario más radical del Río de la Plata, el general portugués que dirigió la invasión que se apoderó de la zona a partir de 1816 lanzó una proclama de liberación de esclavos para debilitar a Artigas, cuyo radicalismo tenía varios límites, y fue exitoso: muchísimos negros se fueron del lado del caudillo para aprovechar la circunstancia.<sup>63</sup>

Para los negros porteños la política revolucionaria abrió oportunidades. En el motín miliciano de 1819 causado por el enojo con las autoridades que no respetaban el derecho miliciano, afloró la tensión racial. Hubo quien dijo que el gobierno “nos quiere hacer esclavos” y quien tuvo expresiones “contra los blancos”.<sup>64</sup> Los mismos milicianos participaron y fueron derrotados otra vez en el levantamiento de octubre del siguiente año. Cuando las elecciones se volvieron fundamentales en los años '20, los negros proporcionaron votantes, y aparentemente en ciertas ocasiones negociaron con las autoridades o la oposición los votos. En 1828, un grupo que quería ser reconocido como una Sociedad africana, la “nación Ombé”, le comunicó al gobernador Dorrego que “los individuos que la vamos a formar somos casi todos milicianos de la milicia activa, y decididos a sostener el orden y las autoridades constituidas, de lo que acabamos de dar pruebas inequívocas habiéndonos negado a sufragar en el sentido opuesto a la elección que ha prevalecido”.<sup>65</sup> Es decir, no habían votado contra Dorrego y ahora pedían su protección (y la obtuvieron). En los años sucesivos toda la comunidad negra establecería una fluida relación con Rosas, quien supo ganarse su apoyo activo.

## VII

Es posible que desde la perspectiva de los plebeyos federales no hubiese ningún cambio clave en 1842. Tal vez para ellos un quiebre haya sido 1852, con la caída de

---

<sup>61</sup> Solicitud del moreno libre Hilarión Gómez en AGN, X, 8-9-4, Solicitudes Civiles y Militares.

<sup>62</sup> AGN, X, 29-10-2, Sumarios Militares, 146.

<sup>63</sup> Véase A. Frega, “Los ‘infelices’ y el carácter popular de la revolución artiguista”, en Fradkin, *¿Y el pueblo dónde está?*, op. cit. Sobre Popayán: M. Echeverri, **Popular Royalists and Revolution in Colombia: Nationalism and Empire, 1780-1820**, PhD dissertation, New York University, 2008.

<sup>64</sup> AGN, X, 30-3-4, Sumarios Militares, 957.

<sup>65</sup> AGN, X, 14-9-1, Policía.



Rosas, tal vez no; es un tema muy difícil de dilucidar. Pero me parece claro que la década de 1840 no fue ya heredera de la Revolución, que funcionó de transición hacia algo diferente y que perdió el componente plebeyista que había sido clave hasta entonces. Insisto, la presencia popular en la política no desapareció, pero a partir de 1852 volvería a activarse en un marco diferente.

Lo que he intentado explicar aquí es en primer lugar que la ruptura de un orden en 1810 y la imposibilidad de la elite de construir otro otorgaron un lugar central a la movilización popular en la política porteña; y ésta, a la vez, contribuyó a dificultar el logro de ese orden por parte de la elite. En segundo término, quise mostrar que la idea de manipulación no es adecuada para entender la participación popular. Hay que indagar las causas de las acciones políticas de los plebeyos en sus propias percepciones (aunque tampoco es buscando una total “autonomía” del bajo pueblo que se puede apreciar su movilización, dado que ésta fue compleja y cambiante). Por último, quise destacar que en la primacía de la política que existió durante buena parte del siglo XIX –en el sentido de que intereses como los corporativos o familiares no se manifestaban en forma “pura” sino que parecían avizorarse dentro de identificaciones propiamente políticas– se expresaban tensiones sociales, y también raciales. Fueron sin duda difusas pero las posibilidades que la política dio desde 1810 de dirimir algunas de ellas resultaron fundamentales para la permanencia de la participación popular. En una época de cambios constantes, fue la persistencia del igualitarismo plebeyo lo que le dio unidad al ciclo de actuación política popular en la ciudad de Buenos Aires.